

# ESCAPE BOOK

## LA CASA DE LOS MONSTRUOS

JORDI SIERRA I FABRA

ALBERTO DÍAZ



ANAYA

# ESCAPE BOOK

**LA CASA DE LOS MONSTRUOS**

1.ª edición: febrero 2025

© Del texto: Jordi Sierra i Fabra, 2025  
© De las ilustraciones: Alberto Díaz, 2025  
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2025  
C/ Valentín Beato, 21. 28037 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com

Director editorial: Pablo Cruz  
Editora: Rocío Alarcos  
Asistente editorial: Mercedes González Grande

ISBN: 978-84-143-4228-2  
Depósito legal: M-25790-2024

Impreso en España - *Printed in Spain*



*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

# ESCAPE BOOK

## LA CASA DE LOS MONSTRUOS

JORDI SIERRA I FABRA

Ilustraciones de  
ALBERTO DÍAZ



ANAYA



*A mis monstruos,  
de risa o de miedo.*



# ¡PLANAZO!

ANDREA estaba leyendo.

El libro era apasionante. Un novelón de seiscientas noventa y siete páginas, nada menos. Pero estaba dispuesta a ventilárselo en un abrir y cerrar de ojos. La historia era tremenda, los personajes un amor, el ritmo brutal, los sucesivos misterios iban en aumento. Una espiral infinita de situaciones que se precipitaban hacia un final imaginaba que antológico. A veces se preguntaba cómo podían los escritores conseguir algo así, porque, desde luego, escribir una novela no se hacía en dos días.

Los envidiaba.

Y todos eran distintos.

Acabó el capítulo. Miró la hora. Tenía tiempo para dos o tres más, porque eran muy cortos. Se dispuso a seguir cuando sonó el timbre.

Levantó la cabeza, molesta.

¿La pesada de la vecina pidiendo algo, que siempre se le olvidaba todo? ¿El cartero con alguna notificación urgente?

Resopló. Luego se incorporó y, casi arrastrando los pies, salió de su zona de confort: la habitación en la que pasaba las horas durmiendo, estudiando o leyendo.

—¡Va! —gritó ante la insistencia del que llamaba, que de pronto parecía tener el dedo pegado al timbre.



Abrió la puerta y ante ella apareció Sandra.

Con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Hola, tú! —la saludó su amiga.

Andrea se quedó extrañada.

—Hola.

Sandra no se limitó al saludo. Entró en el piso, le plantó el beso de rigor en la mejilla (solo uno, como si tuviera prisa) y se coló dentro.



—¿Estás sola?

—¿A esta hora? Claro. —Andrea cerró la puerta y la siguió, intrigada—. ¿Qué haces aquí?

—¿Qué hacías tú?

—Leía.

—¡Tú y tus libros! —Sandra caminó resuelta hacia la habitación de su amiga—. ¡Estás blanca!

—¿Pero a ti qué te pasa? —se mosqueó Andrea—. ¿Has venido a darme la brasa?

—Que no, tía. —Una vez en la habitación, se le plantó delante con aquella expresión tan suya de «voy-a-contarte-un-secreto» o «prepárate-para-algo-gordo».

Algo que no podía decirle por teléfono, por supuesto.

—A ver, suéltalo. —Se cruzó de brazos Andrea.

Eran muy distintas. Una, cerebral; la otra, impulsiva. Una, tranquila; la otra, un nervio. Por eso eran amigas. Y amigas íntimas. De toda la vida. Bueno, de todos sus dieciséis años.

Casi diecisiete, mes arriba, mes abajo.

Sandra se sacó del bolsillo dos pedazos de papel, rectangulares, de vivos colores. Andrea no pudo leer lo que ponía en ellos, porque su amiga se los agitó por delante de la cara.

—¡Tachán!

—¿Qué son?

—¡Entradas!

—Ya veo que son entradas, ¿pero de qué?

—¿Cuál es el acontecimiento del que todo el mundo habla estos días en el pueblo?

—Pues... —Andrea hizo memoria.

—¡Venga, tía! —Sandra volvió a agitar las entradas frente a sus ojos.

Los colores, algo que parecía ser un conjunto de edificios fantasiosos, algunos futuristas, un logotipo que ya empezaba a estar por todas partes...

—¿No serán para Port Locura? —se atrevió a decir Andrea.

El grito de Sandra la hizo saltar.

—¡¡¡Síííí!!!

Andrea le cogió las dos entradas. Sí, lo ponía bien claro:

## PORT LOCURA

Inauguración, 16 de mayo

## INVITACIÓN

—¿Has conseguido dos entradas para el día de la inauguración?

Sandra se puso a bailar. Unos pasos ridículos, en plan payaso, entre la cama y la mesa en la que Andrea estudiaba. Estaba orgullosa de sí misma. Más aún: encantada de conocerse.

Ella era así.

—¿Qué te parece?

—El 16 de mayo, el próximo sábado.

—¿A que es fuerte, tía? —Sandra dejó de bailar y la cogió por los brazos para sacudirla—. ¡Vamos a ser de las primeras en ver esa pasada! ¡Y gratis!

—¿Cómo que gratis?

—¡Es la inauguración, pero en plan privado! ¡Abren las puertas para probar si todo funciona correctamente, y necesitan público, claro! Así corregirán errores si los hay o verán qué atracciones son las más visitadas, si hay colas, quejas... Por lo visto lo hacen siempre que se inaugura un

parque temático. Es demasiado importante como para que se arriesguen a que algo salga mal con la gente que luego pagará una pasta para entrar.

—¿Cómo las has conseguido?

—Me he ligado a uno de los mandamases.

—¿En serio?

Sandra soltó una carcajada.

—¡Qué voy a ligarme a uno, tonta! ¡Es broma!

—Bueno, tú eres capaz de eso y mucho más.

—¿Ah, sí? ¡Pues qué bien!

—Va, dímelo.

—Mi padre —dijo más tranquila—. Su empresa ha estado trabajando en algunas de las partes informáticas, aunque de eso hace semanas. ¿No recuerdas que te lo dije? La dirección del parque ha repartido entradas a todo el personal que ha tenido que ver con la construcción, la puesta a punto, autoridades, amigos... Quieren que esté lleno, como un día normal cuando ya se abra al público.

Andrea se quedó callada.

Sí, todo el mundo hablaba de Port Locura, el nuevo parque temático que se había construido a las afueras, a menos de cinco kilómetros. Medio pueblo iba a trabajar en él. Un chollazo. Durante meses habían visto cómo se levantaban las atracciones, pero desde fuera, y en medio de un secretismo absoluto. Las noticias decían que sería de ultimísima tecnología: hologramas, proyecciones generadas por inteligencia artificial, experiencias inmersivas...

Inmersivas.

Andrea se preguntaba si sería como meterse de lleno en un libro, porque esa era la experiencia inmersiva más alucinante que jamás había vivido.

—Pues ya tenemos plan para el sábado —sonrió.

—¿Plan? ¡Planazo! —estalló Sandra—. ¡Habrà bofetadas para conseguir entrar en los próximos meses! Con el verano encima..., imagínate. Las hordas de turistas nos invadirán.

—Lo que faltaba.

—¿Cómo que lo que faltaba? ¿Y la cantidad de chicos guapos que pasarán por aquí? ¡Tengo que ponerme las pilas con el inglés!

—Ya, como si todos fueran ingleses. Habrá alemanes, italianos, franceses..., ¡chinos!

—Pero todos hablan inglés, seguro.

—Tú con tu inglés chapurreado y un chino con el suyo...

—Andrea soltó una risa—. ¡Diálogo de besugos!

Sandra se cruzó de brazos.

—¿Sabes qué? Paso de ti. Voy a invitar a Inés.

—Sí, ya. —Andrea se cruzó de brazos también.

—¿Tú estás contenta o no?

—¡Pues claro que lo estoy!

—¡Pues ya está, petarda! ¡El sábado vamos a flipar! ¡Y tenemos que ser de las primeras en entrar! ¿Vale? ¡Quiero inaugurar alguna de las atracciones! ¡Dicen que no hay un parque temático como este, que los de Disney parecerán circos viejos en comparación! ¡Será estupenfantastifabulosomayestático!

No leía un solo libro, pero inventaba unas palabras muy divertidas.

—*Fantastoomuch* —le replicó Andrea.

A Sandra le costó entenderlo.

Prueba de que su inglés no era precisamente una maravilla.





## DE CAMINO AL PARQUE

EL madrugón fue de aúpa. Andrea saltó de la cama nada más oír el despertador del móvil, se pegó una ducha rápida y se puso la ropa supercómoda que ya se había dejado preparada la noche anterior. Miró por la ventana y contempló el radiante día de cielo azul que la esperaba. Luego salió por la puerta mordisqueando un cruasán después de beberse una naranjada recién exprimida. Su madre la detuvo cuando ya estaba fuera.

—¡Eh, adiós!

—¡Creía que aún dormías! —Levantó la mano Andrea.

—¡Si vuelves tarde por la noche, avisa!

—¡Vale! ¡Te quiero!

Echó a correr.

Desde su casa hasta la de Sandra había unos diez minutos.

Cubrió la distancia en cinco.

Cuando llegó, el padre de Sandra ya estaba pasando un paño por el parabrisas del coche. Andrea le dio un beso en la mejilla y el hombre sonrió.

—¿Dispuesta para el gran día?

—¡Sí!

—Pues venga, dile a Sandra que nos vamos. Quería ser de las primeras y entrar en cuanto se abran las puertas.



Andrea se metió en la casa. Pilló a su amiga poniéndose las zapatillas deportivas. Se había recogido la inmensa melena rizada en un moño para tener la cara despejada. A veces, cuando hacía viento, ni se le veía. Andrea en cambio llevaba el pelo corto, por encima de los hombros. Físicamente no se parecían en nada, aunque, según los chicos, las dos «tenían un puntito».



A Andrea eso solía hacerla reír.

¿Un puntito?

Los chicos estaban locos.

—¿Lista?

—Sí. —Sandra se puso en pie de un salto—. ¿Y mi padre?

—Afuera. Ya nos está esperando.

Apareció la madre de Sandra.

—¡A ver qué hacéis!, ¿eh? —les soltó muy seria.

—Mamá, ¿qué quieres que hagamos? —Abrió los ojos su hija.

—¡Pues locuras, qué va a ser! ¡Seguro que os tiráis de cabeza a todo!

—Ni que tuviéramos diez años —se enfadó Sandra.

La mirada de la mujer lo expresó todo.

Estaba claro que, para ella, su hija siempre tendría diez años.

Y era una cabra loca.

—Venga, ya vendrás a verme al hospital. —Le dio un beso en la frente.

—¡Eso, tú haz bromas! —protestó entre airada y preocupada.

La madre de Andrea era del tipo tranquilo. La de Sandra, de las que se preocupan por todo. Claro que Sandra ya se había roto un brazo dos veces y con nueve años la había atropellado un coche por ir corriendo sin mirar. Lo bueno del atropello fue que no había sufrido el menor daño, ni un rasguño, como si fuera de goma.

Las dos chicas salieron al exterior de la casa. El padre de Sandra ya tenía las puertas del coche abiertas. Él iba a trabajar, así que sentía el peso de la responsabilidad. Todo tenía que funcionar a la perfección en un día como aquel. Y al decir todo, significaba todo, hasta el más mínimo engranaje, atracciones, personal, servicios...

Andrea imaginaba que aquello debía de ser monstruoso.

¡Era el parque más grande de España, y decían que de Europa!

—¡Vámonos ya, no pillemos caravana! La carretera va a estar colapsada como apuremos mucho el tiempo.

Se acomodaron las dos en la parte de atrás, para ir juntas. Cerraron las puertas y Sandra le dijo a su padre:

—¡Fermín, al parque, por favor!

El hombre la miró por el espejo retrovisor.

—¿Me pongo la gorra?

—No es necesario, Fermín.

—¿A que te bajas?

Sandra hizo esfuerzos por no reír. Andrea también. El padre de su amiga se llamaba Juan Pablo. Lo de Fermín era una broma que siempre le hacía cuando la llevaba en plan chófer.

El coche arrancó. Y el hombre llevaba razón: nada más meterse en la carretera el tráfico se hizo de lo más denso, aunque, de momento, fluido.

—¡Vamos allá! —suspiró.

Guardaron silencio durante apenas un par de minutos. Hasta que lo rompió él.

—Acordaos de que al final del día tendréis que rellenar un cuestionario para opinar de todo lo que se os pregunte. Sed sinceras y decid lo que pensáis. Es anónimo, así que no se trata de decir que todo ha sido muy bonito para no quedar mal.

—¿A qué zona iremos primero? —preguntó Andrea.

—No lo sé, depende de la situación cuando entremos —le respondió Sandra.

—Por eso no tenéis que preocuparos. La entrada queda justo en medio de las siete zonas, que se abren en abanico envolviéndola. No hay que pasar por una para llegar a otra.

Todos sabían ya que las siete zonas eran Espacio, Naturaleza, Futuro, Infantil, Exótica, Países Lejanos y Tenebrosa.

Esta última, para amantes de las emociones fuertes.

—Yo quiero ir a la Zona Tenebrosa —quiso dejar claro Sandra—. ¡Con lo que me encantan las pelis de miedo!

—¡Pero si gritas como una loca y te tapas los ojos! —le espetó Andrea.

—¡Pues por eso! —le gritó Sandra.

Las carcajadas, libres, felices y espontáneas, inundaron el coche. El hombre volvió a mirarlas por el espejo retrovisor. Suspiró con ternura, quizá pensando en sus propios dieciséis años, cuando no había aún parques temáticos ni la tecnología que ahora lo invadía todo.

*Tempus fugit.*

En la distancia se veían ya los techos de las construcciones del parque y las atracciones más altas, como la diabólica montaña rusa, inevitable en cualquiera de ellos, solo que más terrible, alta y loca.

—Yo ahí no subo —musitó Andrea para sí misma.

# La nueva aventura escapista de Jordi Sierra i Fabra

Adéntrate en una experiencia aterradora junto a Andrea y Sandra, dos amigas que se embarcan en la inauguración del parque temático más escalofriante jamás creado: Port Locura.

La cosa se tuerce cuando lo que parecía solo una atracción más resulta ser en una prueba de supervivencia. Enfrentándose a las criaturas más terroríficas de todos los tiempos, las amigas deberán resolver enigmas, superar sus miedos y poner a prueba su ingenio para escapar. ¿Lo lograrán, o quedarán atrapadas para siempre en las garras de los monstruos literarios?

**ANAYA**

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

1525351

ISBN 978-84-143-4228-2



9 788414 342282

